

EL HONOR EN LA CULTURA TRADICIONAL

Antonio Medrano

Extraído de la obra “La Senda del Honor”

www.antoniomedrano.net

EL HONOR EN GRECIA Y ROMA

El honor ha sido piedra angular de la cultura durante milenios. No sólo de la cultura europea occidental o de las culturas indoeuropeas, sino de la cultura humana en general, de toda cultura digna de este nombre. Nos hallamos ante un valor verdaderamente universal, aunque sus formas de manifestación o expresión hayan podido ser muy diversas.

El sentido el honor afirma su presencia entre en los más diversos pueblos y razas del mundo y a través de las sucesivas épocas de la historia. Adondequiera que dirijamos nuestra mirada, veremos el honor tenido en alta estima, irradiando con esplendor su benéfica influencia y presidiendo la vertebración del orden social, siempre y cuando la sociedad o cultura en cuestión esté en forma, viva en un estado de normalidad y sobre ella no se hayan cebado las sombras oscuras de la decadencia.

Sería exagerado decir --como a veces se ha sostenido-- que el honor es el valor supremo de la cultura tradicional, o lo que viene a ser lo mismo, de una cultura normal, construida sobre sólidos principios espirituales, imbuida de un ambiente sagrado e inspirada por una visión aristocrática de la vida. Pero sí que se puede afirmar que constituye un valor central, en torno al cual se articulan otros muchos valores, a los cuales sostiene, nutre y vivifica.

“Al remontarse hacia atrás, en sentido inverso al fluir del tiempo, la investigación histórica nos pone siempre frente al hombre del rito y del honor, de la sabiduría y del orden”, escribe Attilio Mordini en uno de sus libros más importantes en el que analiza los fundamentos espirituales de la cultura humana desde sus orígenes.^[1]

En la antigua cultura griega el concepto de honor se halla plasmado en las voces *time*, *kydos* y *aidos*. En estos tres vocablos, íntimamente ligados a las nociones de *areté* o virtud y *thymos*, personalidad o fuerza interior, se expresa el ideal de una forma de vida atenta a su más sagrados deberes, enfocada al desarrollo de su nobleza innata y a la actualización de sus más altas potencialidades para que el sujeto llegue a ser todo lo que puede y debe ser. De acuerdo a la concepción griega, ningún ser humano puede llegar a ser verdadera y completamente feliz, si no adquiere honor, en su doble vertiente, como conciencia de la propia valía (*kydos*) y como consideración hacia su persona de la sociedad (*time*). Sólo el hombre con honor es feliz (*makar*), y no se puede ganar honor sino por medio de la virtud (*areté*). Para el hombre helénico, como apunta el helenista danés Vilhelm Grönbech, “una vida que no está a la altura de sus posibilidades, de su *areté*, ya no es vida”. Para que sea vida auténtica, tiene que rebosar virtud, y para ello tiene que estar empapada de *time*, *aidos* o *kydos*, palabras que llevan aparejada la evocación de una conducta intachable, pues en ellas se expresa “el deber de estar sin tacha y sin defecto”. Es tal la conexión existente en la visión griega de la vida entre deber y honor, que el uno resulta inconcebible sin el otro. A juicio de los grandes poetas y pensadores de la Hélade “el honor no trae deberes; es deber”.^[2]

“Para Homero y el mundo de la nobleza de su tiempo la negación del honor era la mayor tragedia humana”, afirma Werner Jaeger. El hombre helénico adquiere conciencia de su valer

al serle reconocido el honor que le corresponde, consecuencia de su *areté* o virtud. El honor lo concibe como “el reflejo del valor interno en el espejo de la estimación social”. En la Grecia antigua todo el orden social descansa en el respeto y la honra que se prodigan los hombres entre sí. El honor es asimismo lo que mueve a la acción heroica, y por eso los héroes reclaman el honor que les es debido. “Todo auténtico hecho heroico se halla hambriento de honor”. Incluso los dioses reclaman su honor, premian la honra que se les tributa y castigan la violación de su honor. Para la mentalidad griega, ser piadoso significa dar honra a los dioses, “honrar lo divino”.^[3] Es interesante añadir que *Aidos*, el honor, tenía su propio templo en la Acrópolis de Atenas.

La *hibris*, la desmesura, el mal o pecado por excelencia para el alma helénica, consiste precisamente en la ausencia de *aidos*, en la carencia de honor. El hombre dominado por la *hibris* carece del más mínimo sentido del honor y por eso no hace otra cosa que deshonorarse con su desmedido comportamiento. El desprecio del honor (*aidos*) acarrea funestas consecuencias: “paraliza la voluntad y abre la puerta a todos los vicios”. La debilidad de un solo instante puede resultar desastrosa. Quien bajando la guardia, descuide su honor y se deje llevar por la *hibris*, tendrá que sufrir las consecuencias, soportando el castigo que sobre él hará recaer la *némesis*, la justicia inmanente. ^[4]

En la ciudad ideal de Platón, el amor al honor aparece como la cualidad característica de la segunda casta, la casta de los guardianes o guerreros, la cual, junto con la primera, que es la de los sabios, los gobernantes o reyes-filósofos, integra la elite dirigente de la República o Polis ideal. Si la primera casta se distingue por la sabiduría, la segunda tiene como virtud peculiar y sobresaliente la valentía, ligada al sentido del honor. Como observa Hans Eibl, lo propio de los miembros del segundo rango en la jerarquía social es “el sentimiento para lo honroso” (*das Gefühl für das Ehrenvolle*): actúan recta y noblemente por sentido del honor (*Ehrgefühl*), acatando los mandatos y enseñanzas de los sabios.^[5] Max Wundt ha puesto de relieve que, en la correspondencia establecida por la doctrina platónica entre las partes del alma y las castas de la ciudad, la parte irascible, que se corresponde con la casta auxiliar de los guerreros, es “la esfera de los nobles afectos”, en la cual tienen precisamente su asiento el aprecio del honor.^[6]

Adviértase el paralelismo existente entre la imagen que nos ofrece Platón y la que nos presenta la *Bhagavad-Gita*. Al igual que Arjuna, el *kshatriya* o guerrero indo-ario escucha la verdad transmitida por Krishna, que le recuerda, precisamente, la importancia del honor, los guerreros de la arquetípica polis helénica están en todo momento atentos a la doctrina que les transmiten los sabios o reyes-filósofos, portadores de la verdad. Tanto en un caso como en el otro vemos al honor sumiso ante la verdad, inspirado y guiado por ella. Conviene tener en cuenta que Krishna, *avatara* o encarnación del dios Vishnú, personifica la Verdad y la Sabiduría divina, y a través de su palabra Arjuna aprende las normas del recto vivir.

Entre los romanos el honor era tenido en tan alta estima que fue personificado en un dios, el dios Honos (o también Hónor), al que estaba dedicado un templo emplazado junto al consagrado a la diosa Virtus, queriendo así indicar la estrecha relación existente entre honor y virtud. Mario edificó un templo común para ambas divinidades, *Honos et Virtus*, tras su victoria sobre los cimbrios y teutones, en señal de homenaje y gratitud por el triunfo concedido a las legiones romanas. Honos y Virtus son las dos virtudes que los poetas e historiadores romanos ensalzan en Octavio Augusto, el primero de los emperadores romanos. Se trata, dice Alfred von Domaszewski, de “aquellas genuinas virtudes romanas que precisamente el fundador de la Monarquía poseía en el más alto grado”. De la unión de ambas resulta la *Clementia*, la cualidad que distinguió al gobierno de Augusto como una “luz irradiante” y a la que Domaszewski llama *die weise Milde*, “la sabia benignidad” o “la prudente dulzura”.^[7] Es tal la consideración que hacia el honor tiene la antigua Roma, que en ella *Honorius* y *Honorina* figuran como dos

nombres frecuentes, especialmente dignos y apreciados.

En los autores latinos se encuentran numerosas referencias al honor y a la vida honrosa. “Quien pierde el honor, ya no puede perder más”, afirma Publio Siro. Séneca, en el estilo de la mejor romanidad, proclama la supremacía del honor sobre el precepto meramente legal: “Hay cosas que la ley tolera pero que le honor prohíbe”. Cicerón dedica numerosas páginas de sus tratados filosóficos a glosar la importancia del honor para la concepción romana de la vida y para el buen orden de la República. “Si quieres hacerte útil a tu patria, no olvides la honra y la fidelidad”, aconseja Epicteto. Y en las Meditaciones del Emperador Marco Aurelio aparece de forma reiterada la exhortación a llevar una vida honrosa, pura e íntegra, atendida al cumplimiento del deber.

Como máximo ejemplo del sentido del honor, la antigua Roma veneró la figura del cónsul Atilio Régulo, quien prefirió el cautiverio, el tormento y la muerte antes que mancillar su honor. Habiendo caído prisionero de los cartagineses, y tras varios años de dura cautividad, Atilio Régulo fue enviado por Cartago en misión diplomática a Roma para tratar de lograr un tratado de paz, bajo palabra de que volvería a Cartago si los romanos no aceptaban la oferta de la ciudad púnica. Llegado a su patria, Régulo pronunció un encendido discurso ante el Senado incitándole a rechazar las propuestas cartaginesas, y acto seguido se entregó de nuevo como prisionero, cumpliendo su palabra. Una vez de regreso en la ciudad norteafricana, moriría poco después entre terribles tormentos.

EL HONOR ENTRE LOS GERMANOS Y EN LA EDAD MEDIA

No menos proverbial es el culto al honor entre los pueblos germánicos, unido al culto de la lealtad y la fidelidad, así como a un acendrado espíritu guerrero. Para los antiguos germanos el honor constituía, según Ernst Krieck, el valor supremo (*der Höchstwert*), aquel que determina su entera actitud ante la vida. En la concepción germánica de la vida, todo gira en torno al honor. “Todo poder, toda propiedad, todo vínculo y toda actividad están al servicio del honor, al cual, llegado el caso, se sacrifica incluso la vida sin reparo y sin la menor vacilación”. Es la ley del honor la que rige la vida, como se refleja muy bien en la poesía, en las sagas y leyendas, que tienen como hilo conductor el tema del honor. El honor, afirma Krieck, hacía a aquella humanidad “limpia y pura, leal y sincera, libre de engaño y falsedad”.^[8]

Para los pueblos germánicos, apunta Andreas Heusler, “el sentimiento del honor era la auténtica fuerza impulsora en la guerra y en la paz”. Las dos cosas fundamentales para el hombre germánico son el honor que acompaña al hombre en la vida y la fama que deja tras su muerte. El precepto del honor era el verdadero dueño y señor de la vida de cada individuo, obligado a vigilar por su honra día y noche. Este sentimiento del honor iba unido a tres cualidades típicamente germánicas: la valentía, el autodomínio y el desprecio de la muerte. “Mejor caer con honor que huir”: he aquí una de las máximas por las que se guía el guerrero germánico.^[9]

“La más alta posesión del germano y la medida decisiva para todo cuanto hacía y dejaba de hacer era su honor, junto con la fama que habría de sobrevivirle”, confirma Hans Kuhn en su estudio sobre las concepciones morales de los antiguos germanos. Toda la ética germánica, añade el citado autor, gira en torno a la idea de “lo honroso” (*das Ehrenhaft*) y “lo deshonroso” (*das Unehrenhaft*). En ella el valor y el contravalor son medidos por “el mandamiento del honor” (*das Ehrgebot*). Kuhn hace notar, no obstante, que para el germano el honor era algo que viene de fuera, consistiendo básicamente en el respeto y reconocimiento logrado entre sus semejantes.^[10] Aunque no todos los autores se muestran de acuerdo con esta opinión, no hay que olvidar que los troncos germánicos, a diferencia de lo ocurrido con otros pueblos

indoeuropeos, como iraníes e indo-arios, habían sufrido un acusado proceso de regresión intelectual y espiritual, caracterizada sobre todo por el olvido o la incomprensión de los principios de nivel más alto y profundo que informaron su propia tradición.

Explicando cómo era la visión germánica de la vida y en qué presupuestos se asentaba, Vilhelm Grönbech escribe en su monumental estudio sobre la cultura germánica: “Paz y honor son la suma de la vida, la quintaesencia de aquello que un hombre necesita para una vida plena y feliz”. Por ello, la conocida frase del Génesis “creced y multiplicaos y llenad la tierra” es vertida en una antigua traducción anglosajona con las siguientes palabras: “Sed fecundos y multiplicaos; vivid con alegría en paz y honor”. Para los antiguos germanos, apunta el ilustre investigador danés, la vida reside realmente en el honor: “sin honor es imposible la vida; ésta no sólo carece de valor, sino que ni siquiera puede sostenerse”. En la vergüenza no se puede vivir. Privada de lo que constituye su principal aliento, la vida no puede ya defenderse ni mantenerse firme. Es una arraigada convicción germánica que con el honor se arranca al hombre un trozo de alma. Al perder el honor el hombre siente un vacío dentro de sí que no podrá colmar con nada. Por eso, el hombre sin honor se vuelve desalmado, se hunde en la angustia y el rencor. Con el sentimiento del honor, en cambio, el corazón de rejuvenece y se llena de alegría de vivir, afrontando con gozo la muerte. [\[11\]](#)

En la cosmovisión germánica la palabra “honor”, según observa Wilhelm Arp, viene a significar vida, vitalidad, salud. Los germanos ven en el honor “la fuerza de vida como portadora de los valores vitales, el impulso fundamental y permanente del ser humano”. El honor es vida, la deshonra es muerte. Quien pierde el honor es “hombre muerto”. El deshonor es considerado, más que como un mal moral, como una enfermedad, como una auténtica dolencia que daña y pone en peligro la vida del individuo, junto con la del grupo o comunidad. Hacer recaer sobre sí el baldón o la vergüenza, dejar que una acción incorrecta mancille el propio honor, equivale a enfermar. Se impone, por tanto, una acción correctora, curativa y sanadora, que devuelva al sujeto en cuestión su honor y, con él, la salud, “el legítimo placer y la justa alegría de vivir, el sentimiento de una vida plena”.[\[12\]](#)

Este ideal del honor se impondrá en la Europa medieval, surgida de la confluencia de las herencias grecorromana, céltica, cristiana y germánica, y perdurará con altibajos hasta tiempos bien recientes, imprimiendo su sello a las diversas naciones europeas. El Cristianismo contribuirá a depurar, elevar y afinar el concepto germánico del honor, un tanto tosco y brutal, dándole una mayor profundidad y altura espiritual y desarrollando muchas de sus potencialidades latentes, tal vez eclipsadas por el largo proceso de involución y eclipse espiritual a que antes me refería.

Fue el espíritu caballeresco de los pueblos del Norte, con su sentido del honor, el que dio vida a la cultura de la Edad Media, afirma Herder. Todo el “inmenso edificio gótico” que fue la cultura medieval estaba animado, según el gran precursor de la filosofía de la historia, por “el espíritu del honor caballeresco del Norte”, semejante al de los tiempos heroicos de Grecia, pero “único en la serie de los siglos, exclusivamente idéntico a sí mismo”. En ese espíritu, al que podemos dar los nombres de “espíritu gótico” o “caballería nórdica”, se unían los conceptos de honor y de amor, de fidelidad y de devoción, de valentía y de castidad, de religión y de energía civil. Pensando en los pueblos germánicos que habrían de forjar el mundo medieval, Herder exclama: “¡Qué valor varonil, qué sentimiento del honor, qué confianza en la inteligencia y la sinceridad, qué veneración a los dioses alientan sus leyes!” Y recuerda lleno de admiración cómo su ideal “se orientó hacia la castidad y el honor”, dignificando con ello la parte más noble del alma humana, y cómo su organización feudal, fomentando el cultivo de la tierra, “hizo gente sana y por los mismo contenta”. ¿Qué sería la Europa moderna e ilustrada con todo su saber sin ese legado germánico y medieval?, se

pregunta Herder. Y responde: “¡un desierto!”.[\[13\]](#)

Una de las instituciones en las que con mayor devoción se cultivó el sentido del honor en la Edad Media fue, sin lugar a dudas, la Caballería, fraternidad guerrera supranacional e iniciática que imprimió su sello y su estilo a toda la sociedad medieval. Hasta tal punto es esto así, que hay quien ha querido ver aquí el origen del sentido del honor. Así por ejemplo, Viollet le Duc, Michelet o Seignobos. “El honor nació en la Edad Media --escribe Seignobos-- y seguirá siendo hasta nuestros días el distintivo del caballero. El pundonor, el deseo de conservar el honor intacto, será en adelante la regla de conducta de los nobles y la salvaguardia de su dignidad”.[\[14\]](#) Además de sus deberes hacia Dios y hacia la sociedad, encarnada en su rey o su jefe, el caballero tenía un deber hacia sí mismo, que se resume en el siguiente mandamiento, sumamente exigente, el código de honor caballeresco: “ser, en cualquier circunstancia, fiel a sí mismo, a los compromisos que hubiera asumido libremente --en suma, fiel a aquello que hace el honor de un hombre”. Esta triple fidelidad queda compendiada en el aforismo de la Caballería francesa: *Mon âme à Dieu, ma vie au roi, l'honneur à moi* (“Mi alma es de Dios, mi vida es del rey, el honor es mío”).[\[15\]](#)

El historiador holandés Ferdinand Sassen explica cómo la Caballería medieval se articuló en torno al ideal inculcado por la Iglesia del honor como cualidad personal que se consigue y se muestra poniendo las armas al servicio de la religión y de la justicia. El honor del caballero depende del cumplimiento de sus deberes, entre los que destacan la defensa de la Cristiandad, la protección de los seres débiles e indefensos, el respetar las obligaciones feudales y de vasallaje frente a los superiores, “el ser generoso con los pobres y el mantener con lealtad la palabra dada”. En la ética de la Caballería, añade Sassen, “el honor externo se hacía depender de la dignidad interior”. “De este modo, se dio a la vida de los caballeros una forma de belleza, que se basaba en la virtud y la religiosidad”.[\[16\]](#)

El ideal caballeresco se orienta a “la conquista de nombre y fama en lides donde se juegan conjuntamente la honra y la vida misma”, afirma Jorge Millas, quien subraya que el elemento principal en la constitución no sólo de la Caballería, sino del orden medieval en su conjunto, fue la idea del honor. Soldado de la fe, protector de los débiles y defensor de la justicia, el caballero vive, lucha y combate impulsado por la idea del honor. El factor decisivo y determinante para el buen caballero es la lealtad al propio honor, condicionada a su vez por la lealtad a Dios, Señor supremo y Rey de los Cielos, y por la lealtad al Rey o al señor legítimo al cual el caballero sirve en la tierra. “Esta triple lealtad del caballero a su señor, a su honor y a su Dios --escribe el profesor chileno--, define con precisión el sistema de sus valores espirituales”. En la *Chanson de Roland*, el célebre poema épico medieval francés, hay una escena que recoge muy bien este pensar y sentir de la antigua Caballería. Es el momento dramático en el cual Rolando, viéndose rodeado de los sarracenos, dice a uno de sus fieles hombres de armas: “Debemos combatir por nuestro Rey. Un hombre debe sufrir por su señor, soportando el frío y el calor, aunque tenga que perder su pelo y su piel. Que cada cual luche lo mejor que pueda, para que no se nos cante una canción de oprobio”.[\[17\]](#)

Es significativo, como apunta Julius Évola, que en el prólogo del poema épico *Parsifal* de Wolfram von Eschenbach, en el cual se relatan las peripecias del héroe que va en busca del Santo Grial, el mismo destino supraterráneo de los seres humanos, su beatitud o condenación, se haga depender menos del concepto de “pecado” que de las dos ideas fundamentales de “honor” y “vergüenza”, que resultan determinantes para el estilo de vida de la Caballería medieval.[\[18\]](#)

Símbolo del honor del caballero es la espada, la cual con su forma rectilínea sugiere la rectitud de su persona y con el brillo de su hoja acerada sugiere el resplandor de la honra. La espada

simboliza asimismo el valor, la fuerza y la lealtad que sostienen el honor del caballero. De ahí que el portar espada se considerara señal de vida honrosa y el ser privado de la espada equivaliera a ser privado de honra. La degradación de un caballero, al reconocerse su infamia o felonía, iba acompañada por la retirada de la espada.

Pero en la Edad Media el honor no era en absoluto patrimonio exclusivo de la Caballería, tampoco de la nobleza o de las clases dirigentes, sino que se extendía a todos los estamentos y capas sociales. El sentido del honor recorre el tejido entero de la sociedad, desde la realeza a los gremios y las asociaciones artesanales. En la vida de los gremios, inspirados por el espíritu de fraternidad y solidaridad, “el estimulante del honor se unía al del interés”, señala Georges Romain. Como rasgos distintivos de la organización gremial, el citado autor destaca “la unión, la sinceridad y el honor”, tres elementos “surgidos del espíritu cristiano que caracteriza a la Edad Media”.^[19] El “honor del oficio”, sobre el que más adelante hablaremos, es uno de los elementos clave de la cultura medieval, debiendo atribuírsele las grandes creaciones artísticas de la época, y entre ellas la construcción de las grandiosas catedrales góticas y románicas que jalonan la geografía de Europa. Hablaremos más adelante de ello.

El valor del honor para la Europa medieval, imbuida de un hondo sentido comunitario y guiada por una visión aristocrática de la vida, queda muy bien reflejado en varios pasajes de las obras dramáticas de Shakespeare, quien califica al honor de “único monarca de la tierra universal” (*sole monarch of the universal earth*). Especialmente elocuentes son las palabras que el dramaturgo inglés pone en boca de Ricardo III:

*My honour is my life; both grow in one;
Take honour from me, and my life is done.*

(“Mi honor es mi vida; ambos crecen al unísono; / Quitadme el honor, y acabaréis con mi vida”).^[20] Declamación que sintetiza de forma inigualable el valor del honor para el hombre del Medioevo.

EL HONOR EN LA HISTORIA DE ESPAÑA

Un buen ejemplo de ese vigoroso reafirmar del honor en la Edad Media, tras las invasiones germánicas que darían nacimiento a las diversas naciones europeas, lo encontramos en la misma España, donde la idea del honor pervive como una herencia goda o, para ser más exactos, como un injerto de la savia gótica en el primitivo tronco racial celtibérico, tan sensible a las cuestiones de honra, lealtad y devoción personal. En pocas naciones ha arraigado el ideal del honor con tanta fuerza como en nuestra patria. Son muchos los autores, tanto españoles como extranjeros, que ven en la pasión por el honor una de las notas que nos distinguen como pueblo y como nación.

En la España medieval el principio del honor da vida a la figura del “hidalgo”, la cual se asienta en esos dos firmes pilares a los que hemos hecho referencia a lo largo de estas páginas: deber y honor. “En naciendo, es acostumbrado a morir por casos de honra el valiente hijodalgo”, reza un verso del Romancero. El hidalgo o hijodalgo es “hijo de algo”; es decir, hijo de algo valioso y honroso. Y ese “algo” que lo engendra como noble caballero está constituido justamente por las gestas heroicas, por los actos meritorios y esforzados,

generadores de honra, que ha cumplido al servicio de su Rey, de su patria y de su estirpe. Cervantes, hombre fuertemente empapado de tal concepción hidalga, fiel heredero del espíritu medieval hispánico, dirá que las heridas recibidas en el combate por quien en él ha peleado de forma heroica son “estrellas que guían a los demás al cielo de la honra”.

En su poema *La leyenda del Cid* y refiriéndose a la España de la Reconquista, José Zorrilla traza en breves pinceladas el perfil de la Edad Media, “aquella era caballerisca y feroz”, dominada en nuestra patria por la idea de la lucha contra el invasor musulmán por medio de la cual “se glorificaba a Dios”,

*y en que no había un exceso
ni un crimen sin galardón,
como tuviese por móvil
honra, fe, patria y amor*

En aquellos tiempos heroicos, tiempos de Reconquista, prolongados sin solución de continuidad en la época de los Austria, del Imperio y de la Contrarreforma, España “estaba llena de honra”, como bien apunta Unamuno; en ella el honor era norma suprema.^[21] Ello se refleja con nitidez en los dramas de Calderón, así como en las obras de la mayoría de nuestros escritores y dramaturgos del Siglo de Oro.

La vida entera de la sociedad española, desde la Edad Media hasta el siglo XVII, se halla dominada por la idea del honor. Así lo expresa uno de los dichos predilectos de los españoles de tiempos pretéritos y en el que queda bien patente la alta estima en que la honra era tenida por todos los sectores de la población, desde la nobleza hasta el pueblo llano, así como la fundamentación y proyección espiritual de dicha concepción del honor y de la vida honrosa: “Por la honra pon la vida, y pon las dos, honra y vida, por tu Dios”.

El sentido del honor, unido a un fuerte y hondo sentido religioso que lo supeditaba todo al honor de Dios, es, según Karl Vossler, uno de los rasgos característicos de la visión española de la vida. Así como las aventuras atraían más al alma española que el comercio, y la guerra más que el trabajo, para ella “el poder y el honor valían más que las riquezas”. Fue este acendrado sentido del honor lo que, a juicio del ilustre hispanista y romanista alemán, hizo de la nación española una nación señorial, “un pueblo guerrero-religioso de señores” (*ein kriegerisch-fromme Herrenvolk*).^[22]

“Hubo una época en la Historia de la sociedad española --escribe Alfonso García Valdecasas-- en la cual el honor era como un centro espiritual, hacia el que la vida de relación gravitaba, como un eje en cuyo torno se orientaban las actividades sociales”. En esa época gloriosa, añade García Valdecasas, “el honor es el sol del firmamento social”. De ahí que Lope de Vega calificara a España de “la más honrada nación”, queriendo decir con ello que era “la que más importancia daba al honor”.^[23] No sería exagerado decir que el honor dio forma a la nación española. Sin él difícilmente se podría entender el carácter español ni muchas de las vicisitudes por las que hubo de pasar España a lo largo de su historia. Sin la poderosa acción del honor tampoco resultarían explicables la gran mayoría de sus hazañas y gestas históricas.

El honor era condición básica para ponerse al servicio de la patria y del Rey, esto es, para poder integrarse dentro el gran proyecto histórico que constituía la razón de ser de la nación española. “Sin honor no se podía servir al Rey”, afirma el francés René Quatrefages en su

documentado estudio sobre los famosos Tercios españoles. La pérdida del honor equivalía a la pérdida del sentido de la vida, siendo considerado uno de los mayores males que podían recaer sobre una persona. Para el español de épocas pretéritas “poco importaba la muerte siempre que el honor quedara a salvo”. “El único sufrimiento que este pueblo es capaz de sentir en su carne, el único que no sabe soportar es el que producen las heridas en el honor”, escribe el historiador Jean Creac’h. Diego de Zúñiga, en sus relatos de las guerras de Flandes, da cuenta del asombro que producía entre los erasmistas holandeses el verse ante “una raza a la que es más fácil arrancarle la vida que la gloria”.[\[24\]](#)

Francesco Guicciardini, describiendo a los españoles de su tiempo, dice de ellos: “estiman mucho el honor, hasta el punto de que por no mancharlo, no se cuidan generalmente de la muerte”. Y los franceses, al explicar por qué rehuían el encuentro con las tropas del Gran Capitán en las guerras de Italia, exclamaban con una mezcla de admiración y desprecio: “estos locos españoles tienen en más un poco de honra que mil vidas, que no saben gozar de esta vida a su placer”. En tono un tanto fanfarrón, uno de los personajes de Lope de Vega, llevado de su orgullo nacional, se jacta, si no de tener tantas vidas como quisiera para ofrecer por su honor, sí al menos de tener mil honras con las que apuntalar y enaltecer su vida: “que soy español, y tengo mil honras, y en cada una mil Españas”.[\[25\]](#)

En el Siglo de Oro, afirma Waldo Frank, “España no es más que una sinfonía en clave de honor”. Para el hispanista americano, el sentido español del honor es “el esfuerzo de España por resistir y vencer el caos social de su tierra”; en él se concreta “la fuerte voluntad hacia la unidad social” que, basándose en lo justo y lo ético, busca ordenar el caos de tendencias y elementos dispares presentes en el ser español. “El pundonor fue el asidero por donde el español cogió, no su lugar en el cielo, sino su puesto en la tierra”.[\[26\]](#) “España es honor”, proclama Joaquín Navasal y de Mendiri en su encendida panorámica de la historia española al tratar de definir el ser de nuestra nación.[\[27\]](#)

Fue el principio del honor lo que dio su enorme fuerza al Ejército español de los siglos XVI y XVII, el más poderoso de la época. Fue el hecho de estar asentado sobre la convicción profundamente vivida del valor de la honra lo que le hizo invencible. Así lo hace notar el historiador italiano Raffaele Puddu, quien atribuye al sentimiento del honor la gran cohesión y disciplina de las tropas españolas. “Desde el príncipe hasta el simple soldado de infantería la cadena del honor enlaza entre sí a todos los miembros de la sociedad militar”, escribe el citado autor en su interesante estudio sobre la milicia hispánica de aquellos tiempos gloriosos. El alto aprecio de la propia honra que tenía cada soldado, la conciencia de su propia dignidad personal, unida a “la idea cristiana de que en todo hombre hay un alma que honrar”, convirtió a los ejércitos de la Monarquía hispánica en una comunidad integrada por “señores soldados”.[\[28\]](#)

Para Vossler, el Ejército español de la época imperial fue “una escuela de honor”. En él los hombres aprendían a honrar y a ser honrados, y en sus filas ganaban honor sirviendo a su patria y a su Rey, al tiempo que descubrían el alto valor del honor al tener que afrontar situaciones de vida o muerte. Coincidiendo con otros muchos autores e investigadores, Vossler sostiene que la eficacia y el poderío militar de los ejércitos españoles “más que en la instrucción y la disciplina se basaban en el sentimiento del honor de soldados y oficiales”.[\[29\]](#) René Quatrefages, en el citado libro sobre los Tercios, define a éstos como “una totalidad acorazada por el sentido del honor” y subraya el importante papel que la honra desempeñaba “en las relaciones con los mandos y en el cumplimiento de las misiones”. La fuerza del Imperio español, y la de su Ejército, “era tan temible porque estaba unida por el extraordinario cimiento del honor”, afirma Quatrefages. “La confianza requerida para la ejecución de las órdenes en todos los escalones, y especialmente cuando las misiones eran

peligrosas, se rubricaba con el sentido del honor que todo militar poesía, fuera cual fuese su grado jerárquico”.[\[30\]](#)

Cierto que este culto al honor fue degenerando con el paso del tiempo, incurriendo a veces en graves desviaciones y dando lugar a muchas locuras y extravagancias, sobre todo en la época del Barroco. El pueblo español que ha sido uno de los que más se han distinguido en el aprecio y cultivo del honor, ha sido también el que ha incurrido en las más grotescas deformaciones del verdadero concepto de la honra; deformaciones a las que más adelante nos referiremos con mayor detalle. Pero esto no debe impedirnos captar el fondo noble y genuino en que descansa la visión española de la vida, centrada en las ideas de la honra y el honor.

LA CRUZ DE SANTIAGO

Ni que decir tiene que esta atmósfera de culto al honor no es exclusiva de España, aunque en nuestra patria cobre acentos especialmente intensos. En las demás naciones europeas, y especialmente en algunas de ellas, como Francia, Inglaterra, Italia o Alemania, se registra un espíritu semejante, clara herencia del Medievo. Por todo el continente, con ligeras excepciones, se extiende una cultura del honor que perdurará hasta que el avance del racionalismo y el materialismo mercantilista comenzara a socavar los cimientos en los que se asienta. Con todo, como apunta García Valdecasas, “es notorio que, dentro de Occidente, en ninguna parte aquel sentimiento del honor llegó a tener el peso que entre nosotros”.[\[31\]](#)

En su interesante ensayo de psicología comparada, en el que analiza los rasgos distintivos de tres pueblos europeos --el inglés, el francés y el español--, Salvador de Madariaga atribuye al pueblo español como nota característica dominante “el honor”, concepto que él considera algo típicamente hispano e intraducible a otros idiomas, mientras que al pueblo inglés le atribuye como elemento definitorio *the fairplay*, el juego limpio y la deportividad, y al francés *le droit*, el derecho como algo fríamente objetivo y geométrico. El honor es, pues, para Madariaga, el eje del “sistema idea-sentimiento-fuerza” con arreglo al cual funciona la vida española, “la norma de su moral, la clave de sus emociones y el motor de sus actos puros”.[\[32\]](#)

“Una cierta dosis de orgullo nos caracteriza a lo largo de la historia --escribe con su magistral pluma Eugenio Montes-- y en todos los momentos, tanto prósperos como melancólicos, jamás hemos abdicado de un vivo sentimiento del honor, de la dignidad enhiesta y de la propia hombría”.[\[33\]](#)

Como símbolo del honor los españoles escogieron la cruz de Santiago, la figura heráldica que fuera emblema de la orden guerrera y monástica del mismo nombre: la Orden de Santiago, una de las más importantes órdenes militares de la Edad Media española, junto a las de Calatrava, Montesa y Alcántara, todas las cuales tuvieron un papel decisivo en la lucha contra los musulmanes. Insignia representativa y compendiadora de la idea de Cruzada, tan arraigada en el alma española, con lo que tal idea conlleva de lucha interna y externa, la cruz de Santiago se delinea en el horizonte de la cultura española como típica representación del concepto de honra en cuanto fuerza capaz de dar sentido a la vida y hacer de ella una obra noble y plenamente lograda.

Esta bella y gallarda cruz bermeja cuya figura, con el extremo inferior afilado en punta, sugiere la imagen de una espada, símbolo por excelencia del honor para la mentalidad medieval, expresa de modo incomparable el mundo de valores que va asociado a la idea del honor: espíritu de sacrificio y ánimo combativo, vocación guerrera y caridad solidaria, nobleza y

lealtad, religiosidad y caballería. Espada enhiesta y teñida en sangre, la cruz santiaguista, que ya lucían sobre sus blancas túnicas los caballeros o freiles de la Orden de Santiago, y que más tarde es portada sobre el austero ropaje negro de los hidalgos, se convertirá en todo un signo nacional en el que se ve la expresión de ese honor que el español siente dentro de su pecho, que tiene y defiende a mucha honra.

Emblema de combate y victoria, de lucha esforzada al servicio de Dios, en la cruz de Santiago vieron los españoles la enseña de su honra personal y de su destino como nación. En ella parece haber quedado cuajada la sangre de la raza, derramada en lucha heroica y honrosa a lo largo de los siglos al grito de “¡Santiago y cierra España!”.

Todo en este símbolo es sumamente significativo. A su perfil en forma de espada, los extremos de cuya empuñadura se ven orlados por flores de lis, se añade su color rojo, que evoca el fuego, la sangre, el corazón y el amor: el rojo del fuego que arde en el alma del caballero, o también del fuego que es cualidad simbólica del Apóstol Santiago, el fogoso “hijo del trueno”; el rojo del corazón que está inflamado de amor por una noble causa, por los valores, por Dios y por la patria; el rojo de la propia sangre que está dispuesto a derramar el hombre de honor en defensa de su honra y de la causa por la cual lucha. Los sendos lises o lirios que cierran los dos extremos del travesaño o tramo horizontal de la cruz, semejan la punta de una pica o lanza y son símbolo de amor, de inmortalidad, de pureza y de realeza (en sus orígenes, la enseña santiaguista tenía la forma de una cruz griega, con sus cuatro extremidades de igual longitud y terminando cada una de ellas en una flor de lis, además de portar una concha de peregrino en el centro de la cruz y en el centro de cada brazo).

Por último, en la versión definitiva de dicho emblema la flor de lis que corona el extremo del palo o eje vertical de la cruz, o sea, la que desempeña la función de pomo de la espada, suele imitar la figura de un corazón invertido o una punta de flecha que apunta hacia lo alto, pareciendo indicar que el corazón de la persona que ha hecho suyo tal símbolo se transforma en dardo disparado hacia lo trascendente, dirigido amorosamente hacia el corazón de la realidad. No menos elocuente es el hecho de que este signo fuera portado por los hidalgos españoles, al igual que los antiguos caballeros medievales de la Orden de Santiago, bien sobre el pecho, en el centro y bajo la garganta (como vemos en el Doncel de Sigüenza o en algún retrato de Calderón de la Barca), bien en el lado izquierdo, a la altura del corazón (como en el autorretrato que Velázquez nos dejó en su célebre cuadro *Las Meninas*, en el que el pintor posa orgulloso luciendo su roja cruz de hombre hidalgo).

La cruz de Santiago se nos aparece como un árbol florido de sangre y fuego (recordemos el simbolismo cristiano de la cruz como árbol de vida). Un árbol cuya copa se abre en tres poderosas ramas, anunciando las tres dimensiones de la vida del hombre de honor: hacia lo alto la Verdad, hacia la derecha el Bien y hacia la izquierda la Belleza. De esas tres ramas, coronadas por tres hojas bermejas semejantes a las del arce, como si fueran de oro rojo, las dos que forman los brazos de la cruz se abren dispuestas a abrazar al mundo. Por último, el tronco enhiesto de dicho árbol rojo anuncia la verticalidad del ser, la rectitud y fuerza espiritual del hombre que vive con la mirada puesta en lo alto y los pies bien firmes sobre la tierra. Su extremo termina en punta afilada, como si quisiera hincarse firmemente en el suelo patrio para echar raíces en él.

Como signo de lucha y victoria, la roja cruz de Santiago proclama el triunfo del Yo noble y auténtico sobre el yo inferior, falso y mezquino, egoísta. La punta de esa espada cruzada o crucífera florlisada se clava simbólicamente en el cuerpo del enemigo, ese enemigo que es sobre todo el ego, el adversario interno, odiador del honor y agente de la deshonra.

Todas estas imágenes e ideas que evoca la cruz de Santiago explican la fascinación que tan

bello y sugestivo símbolo ha ejercido siempre sobre el alma española. No es extraño que para ella esta cruz ardiente y guerrera se convirtiera en algo entrañable, tan entrañable como el mismo sentido del honor por el que ha sentido tanto aprecio a través de los siglos.

DON QUIJOTE Y EL CID

El ideal hispánico del honor y de la vida honrosa se halla soberbiamente recogido, a juicio de numerosos autores, en el *Quijote*, el libro más célebre y representativo de la cultura española, en el que algunos críticos han querido ver una defensa de los ideales medievales y una protesta contra la civilización prosaica, individualista y disgregadora que empieza a imponerse en Occidente con el Renacimiento.

Como obra o texto de ensalzamiento del honor lo ve Jesús Guisa y Azavedo, para quien el genial libro de Cervantes se constituye en recipiente de los más nobles valores de la cultura occidental y de la esencia de la hispanidad. “Somos un pueblo de un libro, pero del libro más grande que se ha escrito por pluma de hombre”, proclama Guisa y Azevedo en una interesante obra, aunque visceralmente antigermánica. Y ese libro que compendia nuestro ser nacional, que no es otro que el *Quijote*, se presenta como una evangelio del honor. En él, según el citado autor, “encontramos lo mejor del espíritu de la Edad Media”, con el ideal caballeresco, el heroísmo de los cantares de gesta, la cortesía y las buenas maneras. “Allí están el honor y la honra de un caballero que consisten en cumplir su palabra, en respetar el derecho ajeno y en defenderlo, aun a costa de la vida. Allí están el sentimiento del deber, la conciencia de lo que es la misión, el rango, la jerarquía, la autoridad”.[\[34\]](#)

Como un soberbio monumento al honor han considerado el *Quijote* otros muchos autores. Así, por ejemplo, Américo Castro o Ramón de Garciasol. Este último, tras afirmar que “la honra es la sustancia del ser español”, aquello que da a un ser humano personalidad hispánica, que lo distingue y lo españoliza, afirma que esta idea de “la honra, el señorío moral que iguala en dignidad a pobres y ricos, respira por la eterna obra española”; en ella se cifra la más honda enseñanza de Cervantes. Garciasol acuña la siguiente sentencia extraída de la inspiración que le ofrece el legado cervantino y en la cual se compendia la actitud española ante el honor: “no hay vida a la altura del hombre sin honra”.[\[35\]](#) Américo Castro dedica todo un extenso capítulo de su libro sobre Cervantes a analizar “la doctrina del honor cervantino”, que, en contraste con algunas de las concepciones dominantes en su época, está basada en “la intimidad de la virtud individual” y en la concepción del honor como “atributo de la virtud”, sobre la cual nada pueden la fama y la opinión públicas.[\[36\]](#)

Para Santiago Ramón y Cajal, Don Quijote es “el más perfecto símbolo del honor y del altruismo”. En “la soberbia figura moral del hidalgo manchego” ve el gran científico y pensador español una “admirable encarnación de la religión del deber”, la personificación literaria de “la abnegación sublime”; pues todo lo da por bien empleado con tal de aumentar su honra. De trata, nos dice Cajal, de un soñador que quiere sacar al mundo de la iniquidad y deshonor en que se halla sumido. Acariciando tan luminoso ensueño, pretende ennoblecer y hermohear la tierra con sus mágicos destellos, sin hacer ningún tipo de concesiones ni prestarse a cobardes componendas. “De duras rocas son las conciencias y a botes de lanza deben esculpirse. Y él las esculpirá con arreglo al modelo ideal del honor aprendido en las heroicas historias”.[\[37\]](#)

El pedagogo Agustín Serrano de Haro, en un manual escolar para la enseñanza primaria, resumía con las siguiente palabras el mensaje de la inmortal obra de Cervantes: “Don Quijote

esa como España: no quería dinero, quería honra. Y no le temía a anda ni a nadie por defender la justicia y la verdad”.[\[38\]](#)

En la España medieval la más típica encarnación de la hidalguía y del principio del honor es, sin lugar a dudas, el Cid Campeador, quien llegaría a convertirse en modelo ideal para los caballeros españoles de los siglos sucesivos. Realizando en su persona las más altas virtudes caballerescas, Rodrigo Díaz de Vivar se erige arquetipo legendario de la vida honrosa, puesta al servicio del ideal del honor. El heroico caudillo castellano, que permaneció fiel a su rey incluso en el destierro y la humillación, que supo pelear siempre limpiamente y con valentía inigualable, que trataba de manera honrosa y leal a sus mismos enemigos, nos ofrece un magnífico ejemplo de lo que significa la honra sólidamente cimentada.

Hablando del ambiente imperante en la España medieval, José María Salaverría, después de comentar cómo “el honor llenaba todo el ámbito moral de la sociedad obligando a los hombres a vivir en una tensión continua, en una permanente prestación de sacrificios”, destaca a la figura del Campeador de “barba vellida” como la más alta personificación de ese honor concebido y cultivado por la España del Medievo como clave de la vida noble. Para Salaverría, el Cid es el prototipo del guerrero lleno de honra, “el tipo ideal del caballero”, “el hombre representativo que representa y dirige a España”, “el héroe por excelencia, el hombre-tipo de la nación”.[\[39\]](#) Otro autor español ha definido al Cid como “un hidalgo honrado que rendía culto al honor”, señalando que el honor fue el valor espiritual que sirvió de base a la formación ética del gran héroe castellano, pues en su persona, guiada por una “moral de buena ley y de muchos quilates”, estaba firmemente arraigada la convicción española y medieval de que “el honor deriva del esfuerzo honroso que conquista fama”.[\[40\]](#) Luis Ortiz Muñoz nos presenta al Cid como el prototipo del caballero cristiano, en el que se sintetiza el estilo de vida español: “defiende una causa, desprecia lo mezquino; es arrojado, intrépido, altivo, religioso; acusa personalidad, rinde culto al honor, conoce el valor de la vida y de la muerte”.[\[41\]](#) “La seriedad honrada fue la norma de su vida”, dice José María Pemán resumiendo en pocas palabras el carácter del prócer líder de Castilla.[\[42\]](#)

No es extraño, pues, que el Cid fuera considerado casi un santo, atribuyéndosele milagros y llegando a proponerse incluso su beatificación, y que inspirara numerosas obras literarias, no sólo en España sino incluso en el resto de Europa. Una de estas obras escritas en lenguas foráneas es el poema alemán *Der Cid*, del que es autor Herder, quien se ocupó durante años de recopilar con el mayor esmero romances y leyendas sobre el gran héroe castellano. En su poema, Herder nos presenta al Cid como “el más valiente de los caballeros”, “el primer guerrero”, prototipo de la nobleza y la lealtad, “nacido de buena sangre”, dispuesto en todo momento a servir a su patria y a su Rey y que hace suya, ya desde su primera juventud, la ley del honor. Caracterizándolo como “fiel y leal (*treu*), sensato y juicioso (*verständlich*), viril (*mannhaft*) e inteligente (*klug*)”, lo sitúa “en la cima del honor” (*auf der Ehre Gipfel*). “Nadie le igualó desde entonces en fuerza y valor, en bondad, probidad y rectitud”, termina diciendo el pensador, poeta y erudito alemán al relatar el entierro del Cid Campeador en el monasterio de Cardeña tras su última victoria contra los moros después de muerto.

Pero, sin lugar a dudas, la principal de las obras no españolas sobre tema cidiano, y la que ha ganado mayor celebridad, es la tragicomedia épica *Le Cid*, auténtica epopeya del honor, escrita por Corneille, el más grande de los dramaturgos franceses. En su espléndido drama Corneille nos ha dejado versos de gran fuerza expresiva acerca de *l'honneur*, en los cuales sitúa el honor por encima de la vida y de la muerte; versos que, por su belleza y grandeza, han sido repetidos sin cesar en los siglos posteriores. Así, por ejemplo, cuando pone en boca de uno de sus personajes, concretamente el Conde de Gormaz, la siguiente declamación:

*Qui ne craint point la mort ne craint point les menaces.
J'ai le coeur au-dessus des plus fères disgrâces;
Et l'on peut me réduire à vivre sans bonheur,
Mais non pas me résoudre à vivre sans honneur.*

(“Quien no teme la muerte, no teme las amenazas. / Tengo el corazón por encima de las más fieras desgracias; / Y se me puede obligar a vivir sin felicidad, / Pero no podré decidirme a vivir sin honor”).[43] *L'honneur m'est plus cher que le jour* (“El honor me es más querido que el día”), dice Don Diego a su hijo Rodrigo, el Cid, a quien recrimina que se vea tentado de sacrificar su honor por el amor a una mujer, Jimena; pues las amantes, arguye, pueden ser muchas, mientras que el honor es único: “no tenemos más que un honor”; “el amor no es más que un placer, el honor es deber”. En dicho verso, Corneille hace rimar de modo significativo la palabra *devoir*, “deber”, con *gloire* y *victoire*, “gloria” y “victoria”: es la victoria del deber y del honor lo que aquí canta el poeta galo, pues la voz *gloire* es empleada como sinónima de *honneur*, al igual que ocurre, por otra parte, en la mayoría de las lenguas europeas. Cuando Rodrigo está a punto de partir a la guerra contra los moros al frente de sus huestes, su padre le dice: “ve adonde el honor te reclama”. Con ello le está en realidad diciendo “ve adonde te llama el deber”.[44]

Más de un estudioso ha comparado las figuras del Cid y de Don Quijote, considerándolos como dos arquetipos complementarios en los que se expresa la más honda fibra del ser español y su concepción del honor. Es el caso del escritor colombiano Eduardo Caballero Calderón, para quien Rui Díaz de Vivar y Don Quijote de la Mancha son la doble encarnación, histórica la primera y literaria la segunda, del ideal caballeresco, “ideal humano y eterno que nadie en el mundo ha realizado tan completamente”. Este es, acota el citado autor, el ideal moral que nos propone el *Quijote*, ideal en el que se cifra el más alto concepto del honor: “ser un hombre ante Dios y ante sí mismo, y ante el Estado y la sociedad, un caballero”.[45]

He aquí el ideal que inspiró las más altas páginas de la historia de España y al cual debe sus horas de grandeza. El ideal que impregna toda nuestra cultura milenaria, unido a un profundo sentido religioso y a una concepción heroica y misional de la vida. Un ideal que bien merecería recuperar con toda su enorme potencia de dignificación y elevación humanas.

EL HONOR EN LAS CULTURAS DEL ORIENTE

Hasta aquí nos hemos referido a pueblos y culturas de Occidente. Pero esto no debe hacer pensar que el culto al honor sea un fenómeno exclusivamente occidental. En las culturas orientales, desde la India al Japón y desde Israel a la China, encontramos el mismo alto aprecio de tan importante valor humano.

El Japón nos ofrece quizá el más impresionante y esplendoroso ejemplo de una nación asentada sobre la idea del honor. Desde tiempos remotos, el lejano Imperio del Sol Naciente se nos aparece como un verdadero templo del honor. Con una cultura noble y caballeresca, refinada y de hondas raíces religiosas, el pueblo japonés ha vivido a lo largo de los siglos en una atmósfera impregnada del sentimiento de la honra, dominada por la conciencia que

distingue entre lo honroso y lo deshonroso. Hasta el punto es esto así, que el sentido del honor aparece, incluso en nuestros días, como una de las principales características de la concepción japonesa de la vida.

Como elementos distintivos del carácter nacional nipón, René Grousset destaca, junto al “gusto por la iniciativa” y la “feliz mezcla de tenacidad y flexibilidad”, el “sentimiento de la personalidad y del honor”.^[46] Fue este culto al honor, presente sobre todo en los antiguos samurais, lo que llevó a Gracián a calificar a los japoneses de “españoles del Oriente”. Esto se refleja de forma patente en el Bushido, “el camino del guerrero” (*bushi* = guerrero, *do* = camino), el código ético de la casta guerrera japonesa con arreglo al cual se iría forjando el carácter de este gran pueblo asiático. Como elemento capital del Bushido, el japonés Inazo Nitobe destaca “el sentido del honor, que implica una viva conciencia de la valía y la dignidad personales”, siendo el honor apreciado por los samurais como “el *summum bonum* de la existencia terrena”, a la que estaban dispuestos a sacrificar gustosos su vida. El samurai, apunta Nitobe, era educado, sobre todo, en la importancia de sus deberes y en el sentido de la vergüenza. Un viejo y admirado samurai escribía a este respecto: “El deshonor es como la cicatriz de un árbol: el tiempo, en vez de borrarla, únicamente contribuye a agrandarla”.^[47]

Según Gómez Carrillo, uno de los españoles que mejor ha estudiado la cultura japonesa, ésta se halla basada en “mitos milenarios de lealtad y honor”. Gómez Carrillo subraya el importante papel desempeñado por el Bushido en esta cultura del honor, el cual se ha llegado a convertir en “un sentimiento caballeresco de la raza”. El samurai, nos dice, estaba convencido de que la más pequeña falta de honor que él pudiera cometer recaía sobre su patria, y por eso “estaba siempre dispuesto a arriesgar su vida por defender los fueros de su propia dignidad”. Es así como se hizo la grandeza del Japón. El autor español cita a este respecto a Yamaoka, ilustre autor nipón, quien señala cómo el pueblo japonés supo hacer suyas “las cinco grandes virtudes” del *bushi* u hombre de armas: la lealtad, la piedad filial, la justicia, el valor y el honor. Estos son, según Yamaoka, los ejes del Bushido, “la gran vía moral de la raza japonesa”, que con su veneración por el honor, la belleza y la cortesía, cobra el perfil de “una regla de heroísmo galante”.^[48] Grousset, que califica al Bushido de “código del honor caballeresco”, muestra cómo éste llegó a convertirse en la única religión o norma de vida compartida por el Japón entero, desde los príncipes a los monjes y hombres del pueblo.^[49]

No es menor la consideración que se tiene hacia el honor en la cultura china. Son numerosos los relatos y leyendas que hablan de héroes que sacrifican su vida en aras del honor. Es el caso del mítico Yo Fei, el valiente y eficaz general que, fiel cumplidor de su deber, sirvió lealmente, hasta el fin de sus días, al mismo Emperador que le condenaría a muerte precisamente por su lealtad y su sentido del honor. Para citar otro ejemplo que pone de importancia del honor para la tradición china, es interesante señalar que en las normas éticas del legendario Templo de Shaolín, cuna de las artes marciales orientales, que se concretan en las llamadas “Ocho palabras”, la sexta es justamente *Chi*, la vergüenza o deshonor.^[50]

En el libro *Beng Sim Po Cam*, “Espejo rico del claro corazón”, recopilación de enseñanzas y reflexiones de los principales filósofos chinos, sobre todo confucianos, que fue traducida al español en el siglo XVI por el dominico Fray Juan Cobo, se afirma que el hombre sensato, guiándose por la razón y la virtud, consigue honra, gloria y grandeza, aun cuando no las busque, pues “la virtud es el último contento y la razón de la suma grandeza”: “no busca honroso nombre, mas ahuyenta de sí la deshonor”. Más adelante este tratado clásico sobre moral y normas de vida explica cómo el honor es inseparable del bien y de la paz, de la misma forma que el mal lleva asociadas la vergüenza y el conflicto o el enfrentamiento entre los hombres. “Muy diferentes son las cosas por las cuales los hombres merecen honra o vituperio,

así como son diferentes la paz y la discordia, el bien y el mal”. Y especificando qué es aquello que ha de considerarse honroso, incluye unas sentencias de Confucio en las que conceptúa como cosas dignas de honor el vivir austeramente y con un trabajo honrado, el no cometer vilezas ni maldades y el “anteponer la justicia al interés”. Muy significativo es el siguiente párrafo: “El hombre honrado siempre mira a la razón, y el que no tiene honra siempre es miserable; quien mira a lo que es razón, estará siempre por encima de los miserables; todos los sin razón están siempre sujetos a otros; por lo cual se dice ser muy diferentes honor y deshonor”.[\[51\]](#)

Por lo que se refiere a la India, ya hemos tenido ocasión de ver la importancia que se da al honor en un texto tan fundamental como la *Bhagavad-Gita*. Importancia que se ve corroborada por otros muchos testimonios. En una antigua plegaria védica dirigida a Agni, dios del fuego, se contiene la siguiente petición: “Hazme capaz de una penetrante visión intelectual; hazme crecer en honor y gloria divina”. Y otra plegaria contenida en el *Rig Veda* reza así: “da honor y gloria al hombre devoto que realiza el sacrificio”.[\[52\]](#)

En el *Ramayana* el honor aparece con tanta frecuencia, asociado a la lealtad, que este gran poema épico bien pudiera ser calificado de epopeya de la lealtad y el honor. “La tierra, el renombre, el honor y la fortuna solicitan al hombre y escoltan a la lealtad”, leemos en uno de sus pasajes. Vasishtha, el sacerdote real, amonesta a Rama, el protagonista de la epopeya, diciéndole: “no abandones nunca la senda de las gentes de bien”; “no te deshones”; “llena tu vida con el deber y el honor”. Y entre otras muchas de las alabanzas que se tributan a Rama, “tigre de los reyes”, se le llama “héroe de sabiduría, virtud y honor” (justamente la tríada ensalzada por Dante, según veíamos en el capítulo anterior). La más explícita proclamación del valor de la honra la escuchamos de labios del mismo Rama, *avatara* o encarnación del dios Vishnú. Replicando a su madre, que le aconseja no renunciar al trono, tal y como su padre le había pedido, Rama declara solemnemente: “No consentiré, ni al precio de un reino, volver la espalda al honor, máximo bien de todos. La vida es corta, y nada quiero de esta tierra miserable, salvo el deber”.[\[53\]](#)

Un viejo adagio indo-ario expresa con rotundidad la primacía del honor sobre la vida: “Mejor perder la vida que el honor. La entrega de la vida se sufre en un instante, pero la pérdida del honor se sufre día tras día”. Al igual que ocurría con los romanos, entre los primitivos indo-arios, la honra fue personificada en una diosa, Kirti, palabra que, como hemos visto, encierra los significados de honor, gloria, dignidad y renombre.

Concluiremos estas breves pinceladas sobre el honor en el Oriente con un dato histórico altamente elocuente. Cuando Alejandro Magno penetra en la India, tiene que enfrentarse con el formidable ejército del Rey Poros (llamado en realidad Paurava), al cual vence en una gran batalla, tras duro combate. Pero es tal el honor y nobleza con que Poros supo luchar contra Alejandro y rendirse después a su vencedor, que éste, con su generosidad y caballerosidad características, decidió mantenerlo en el trono y aumentar incluso sus dominios, conservándolo a partir de entonces como el más leal amigo y aliado. Guiado por la gratitud y su alto sentido del honor, Poros permaneció fiel hasta la muerte al caudillo macedonio.

EL HONOR EN LA TRADICIÓN JUDÍA

Tampoco está ausente la idea del honor en la cultura judía, contradiciendo las tesis racistas y antisemitas según las cuales se trataría de un valor extraño a la raza judía e incompatible con ella. Los sabios de Israel enseñan que el respeto del honor, tanto propio como ajeno, es un

deber. “Estimarás el honor de tu prójimo como el tuyo propio”, reza un antiguo precepto. El honor, *kabod* o *cavod*, ocupa un puesto de primer orden en la espiritualidad hebrea. No en vano, según la religión judía, el hombre fue creado por Dios como rey coronado de honor, o sea, revestido de los más altos valores morales.[\[54\]](#)

Es curioso constatar que mientras en muchos diccionarios de otras religiones, incluida la cristiana, no suele incluirse el concepto de “honor”, en la *Enciclopedia de la religión judía*, de R. J. Zwi Werblowsky y Geoffrey Wigoder, se reserva un epígrafe a dicha voz (*Honor* en inglés americano). Dicho epígrafe recoge diversas citas en las que queda puesta en evidencia la importancia del honor para el Judaísmo, su sentido religioso, su significado ético y teológico. Así, por ejemplo, algunas sentencias rabínicas en las que se exhorta a guardar el honor debido a Dios y a quienes encarnan la autoridad, se aconseja cuidar del honor del amigo como si fuera el propio o se señala la ilicitud de la renuncia al propio honor, sobre todo en casos como el del rey o el del sacerdote.[\[55\]](#) Tendremos ocasión de comprobar, en posteriores capítulos, el lugar eminente que el honor ocupa en la Biblia.

En las oraciones cotidianas contenidas en el Talmud, según nos da cuenta la *Encyclopaedia Judaica*, publicada en Jerusalén en lengua inglesa, se recoge una en la que se pide “una vida de prosperidad y honor”. En otro lugar de dicho libro, tan importante para la religión judía, se nos dice que “el honor de las creaturas proviene de Dios” y que Dios las trata con miramiento respetando la dignidad de todas y cada una de ellas, por lo cual el honor puede anular incluso, en algunos casos, un mandamiento negativo de la Biblia. “La palabra hebrea *kavod* --leemos en la citada enciclopedia-- es la palabra más significativa del Talmud para expresar la más deseable de las relaciones de mutuo respeto por la dignidad de los semejantes”, siendo empleada en cualquier aspecto de tal relación, ya sea el respeto que el inferior debe a su superior, como es el caso del respeto a los padres o los maestros, ya sea la consideración y respeto que se debe a los iguales, los que se encuentran en el mismo nivel, o a la humanidad en general.

Refiriéndose a la naturaleza comunitaria y solidaria del honor, que no se puede tener ni recibir si no se da ni reconoce en el prójimo, el Rabino Ben Zoma solía decir: “¿quién es honrado? El que honra a los demás”. Por su parte, el Rabino Judah ha-Nasi acuñó como norma de vida una sabia máxima, según la cual cada ser humano debería “elegir el camino que es un honor para él, al tiempo que le atrae hacia sí el honor de los demás hombres”. Diversos pasajes del Talmud insisten reiteradamente en que el honor tiene que ser siempre dado, nunca se debe pedir, y, por lo que respecta al honor que nos viene de fuera, se recomienda no sólo el no buscarlo intencionadamente, sino incluso el evitarlo, pues “la búsqueda del honor personal hace que el hombre salga del mundo”. Especialmente condenadas por la doctrina rabínica son las tentativas de conseguir honor a costa de la vergüenza de otros. En los textos talmúdicos encontramos, por último, la siguiente afirmación, que se ha llegado a convertir en un popular proverbio judío: “No es el puesto que una persona ocupa lo que le honra [o le da honor], sino que es la persona quien honra el puesto que ocupa”. Sabia sentencia que encontramos en otras culturas y tradiciones.[\[56\]](#)

La tradición judía insiste de manera especial en el nexo que une al honor humano con la Realidad divina. El honor es contemplado ante todo como un don de Dios, como la proyección o emanación en el hombre del mismo Honor de Yahvé, el reflejo dentro del alma de la luz que irradia el *Kabod* divino. En la doctrina de la Kábala y de los Jasidim o místicos hebreos, el *Kabod* --palabra que Gershom Scholem traduce al alemán como *Glorie Gottes*, “Gloria de Dios”-- es equiparado a “la Sabiduría inferior”, la cual, a su vez, se identifica con “la Tierra del mundo superior” o *Shekhiná*. Según algunos textos kabalistas, el *Kabod* divino se hizo manifiesto en el comienzo de la Creación irradiando sobre ella su luz sobrenatural.[\[57\]](#)

Observemos que la *Shekbiná* es la “Presencia” de Dios, la cual, según el Zohar, “se viste con ropajes de luz” para iluminar al mundo.[\[58\]](#)

Esta nítida visión trascendente da un matiz peculiar a la concepción hebrea del honor. Como observa Xavier Léon-Dufour, “la fidelidad a Dios se matiza ya en Israel con un sentido religioso del honor”. Israel goza de honor en tanto permanezca fiel a Yahvé; lo pierde cuando es infiel. La idolatría supone, por tanto, la máxima degradación y la pérdida del honor, pues significa cambiar “la gloria por el ídolo”, como expresamente lo proclama el Rey David en el Libro de los Salmos.[\[59\]](#) Estudiaremos esta cuestión con mayor detalle más adelante, al analizar la fundamentación teológica y metafísica de la idea del honor.

Pero esto no debe hacer pensar, como se ha sostenido a veces, que el pueblo judío sea el portador, a título exclusivo, de una concepción sagrada o religiosa del honor. Tal interpretación resultaría excesiva e injustificada, ya que en todas las culturas tradicionales el honor cobra un sentido sagrado, espiritual y religioso, al estar todas ellas animadas por una cosmovisión sagrada que abarca las diversas dimensiones de la vida.

EL HONOR COMO FUERZA CULTURAL Y CIVILIZADORA

El honor ha sido siempre un poderoso resorte forjador de civilización y de cultura. La cultura no podría haber surgido ni haberse afianzado sin el soporte que le ofrece el sentido del honor. Es el sentimiento del honor lo que, desde tiempo inmemorial, ha movido a los hombres y a los pueblos a cumplir sus más altos deberes. Impelidos por el honor se han lanzado a la búsqueda del ideal, tratando de realizar en la vida los valores de la verdad, el bien, la belleza, la justicia y la libertad. No es exagerado afirmar que el nivel cultural de un pueblo depende, en gran medida, de lo arraigado que esté en él ese sentimiento del honor, de su grado de apreciación de la honra, de lo honrosa y honorable que sea su forma de vida.

A lo largo de siglos y milenios vemos a reyes y dirigentes, a héroes civilizadores y gentes honradas de la más diversa extracción social jurar por su honor. Con la “palabra de honor” se han sellado pactos de forma más segura e inviolable que con cualquier contrato. El sentido del honor, el respeto al honor propio y ajeno, ha servido para humanizar las relaciones entre los individuos y los pueblos a través de los tiempos. Pocas cosas habrán contribuido tanto a ennoblecer la existencia humana, aunque a veces haya degenerado en arrebatos reprobables (venganzas, suicidios, homicidios, duelos y desafíos; estallidos de violencia, en suma, ocasionados la mayoría de las veces por motivos nimios).

Cuántas veces en las guerras se ha recurrido al honor para poner fin a las hostilidades, para no ocasionar daños innecesarios, para no incurrir en excesos y crueldades inadmisibles o para recibir un trato benévolo de los vencedores. La imagen ofrecida por el célebre cuadro de Velázquez *La rendición de Breda* resulta paradigmática a este respecto. Todavía en la primera mitad del siglo XX, durante la Segunda Guerra Mundial, Francia pedía en 1940, por boca del Mariscal Pétain, el héroe de Verdún, y firmaba poco después una “paz y rendición con honor”, tras su derrota en los campos de batalla (aunque pueda discutirse, claro está, si las condiciones estipuladas eran suficientemente honrosas). Esta posibilidad de la paz y la rendición honrosas quedó definitivamente extinta con la aplicación sistemática, a partir de 1944, de la estrategia soviético-americana basada en la exigencia de una rendición incondicional, con lo que esto supuso de resistencia a la desesperada, destrucciones masivas y masacres nunca antes vistas en la historia. El hongo atómico de Hiroshima y Nagasaki se recorta sobre el horizonte histórico como una ominosa rúbrica de tan mortífera y criminal

política, asentada sobre una nefasta concepción de la realidad humana.

Inseparable del deber, el honor es la clave de la humanidad, de la sociabilidad, de la comunidad, de la fraternidad y el entendimiento mutuo. Sin honor no es posible la convivencia ni hay auténtica vida humana, la vida desciende a los niveles de lo indebido y lo indigno, y, a consecuencia de ello, se abisma en la infrahumanidad.

Tiene razón Lacordaire cuando afirma que “el honor fue en todo el Occidente el alma y la aureola de la vida pública”. Y no sólo lo fue en el Occidente, sino también en el Oriente, como ya hemos visto. Habría que puntualizar, además, que en el mundo europeo y occidental su ámbito de influencia no se limitó a la vida pública, sino que abarcó por igual la vida privada, como tendremos ocasión de constatar a medida que profundicemos en el análisis de este apasionante tema.

El sentido del honor ha sido como el hilo conductor de la cultura occidental. La recorre toda entera como una vena oculta y magnífica, alimentando las grandes creaciones de nuestros poetas, artistas, filósofos, teólogos, músicos, juristas y hombres de acción. El sentido del honor les ha inspirado a todos ellos, ha guiado sus pasos y ha henchido sus pulmones a la hora de crear, de forjar nuevas realidades, de dar vida a nuevos valores.

Dondequiera que dirijamos la mirada captaremos la vibración del honor, plasmado en un afán de excelencia, de orden y armonía, de belleza y grandeza. Es una vibración que se traduce en el amor a la obra bien hecha, en el sentido de responsabilidad de cada persona ante la Creación y ante el destino de la humanidad.

Un profundo sentido del honor se respira en las catedrales y antiguas iglesias de estilo románico o gótico, en el grandioso poema sacro de la *Divina Comedia* o en *El Paraíso Perdido* de Milton, en los dramas de Calderón de la Barca o de Shakespeare, en las cantatas y los oratorios de Bach, en *El Mesías* de Händel, en la grácil música de Mozart o en las sinfonías de Beethoven. No se trata tanto de que en algunas de las obras citadas se hable del honor o en ellas el honor sea ensalzado, como de que el honor está presente en ellas, aun cuando sea de modo implícito. Lo más importante es que esas obras tienen como substrato vital el honor, pues éste es la fuerza que las anima, las inspira y las hace surgir a la luz con esa perfección que todavía hoy, siglos más tarde, nos sigue maravillando y cautivando.

No es extraño, pues, que la grave crisis que sufre la civilización occidental se manifieste, entre otros muchos aspectos, por una crisis del sentido del honor. La decadencia de Occidente ha llevado aparejada la decadencia del honor. Si observamos con detenimiento el proceso de dicha decadencia, detectaremos que los pasos sucesivos a través de los cuales ha ido avanzando son momentos en los que ha sufrido fuertes sacudidas la manera de percibir y valorar el honor.

En el origen de fenómenos como el terrorismo, el narcotráfico, la delincuencia organizada, el avance de la vulgaridad y la chabacanería, la tiranía del dinero y la economía, el capitalismo salvaje y depredador o la cleptocracia y la corrupción de las clases dirigentes, verdaderos flagelos de nuestro tiempo, está la pérdida del sentido del honor, la quiebra del sentimiento de la honra como guía de la conducta y clave de la vida. Si el sentido del honor permaneciera vivo entre la humanidad actual, y de manera especial entre sus élites rectoras, muy otro sería el perfil del mundo en el que vivimos.

Sólo la recuperación del sentido del honor en los diversos estratos de la población podrá poner fin a todas esas lacras que hoy afligen a la humanidad. Sólo a través de la vía del honor será posible la construcción de un mundo mejor en el que se afiancen los más sagrados valores humanos.

-
- [1] A. Mordini, *Verità del linguaggio*, Roma, 1974, p. 200.
- [2] V. Grönbech, *Hellas. Griechische Geistesgeschichte*, trad., Hamburg, 1965, Vol. I, pp. 29-39, 40-50,
- [3] W. Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, trad., México, 1974, pp. 25 s, 53. El tema de la *hibris* lo he tratado más ampliamente en mi libro *Sabiduría activa*, Cap. VII, pp. 214-221.
- [4] V. Grönbech, *Hellas*, cit., pp. 128, 164 s.
- [5] H. Eibl, *Delphi und Sokrates*, Salzburg, 1949, p. 254.
- [6] M. Wundt, *Platons Leben und Werk*, Jena, 1914, pp. 97 s.
- [7] A. von Domaszewski, *Abhandlungen zur römischen Religion*, Leipzig, 1909, pp. 117, 145.
- [8] E. Kriek, *Menschenformung*, Leipzig, 1925, pp. 154 s.
- [9] A. Heusler, *Germanentum*, Heidelberg, 1941, pp. 49-51.
- [10] H. Kuhn, <Sitte und Sittlichkeit>, en *Germanische Altertumskunde*, München, 1938, pp. 216-220.
- [11] W. Grönbech, *Kultur und Religion der Germanen*, trad., Hamburg, 1937, Vol. I, pp. 56-101.
- [12] W. Arp, *Das Bildungsideal der Ehre*, München, 1937, pp. 24-27.
- [13] J. G. Herder, *Filosofía de la historia para la educación de la humanidad*, trad., Buenos Aires, 1950, pp. 67-80.
- [14] Ch. Seignobos, *Historia de la civilización en la Edad Media*, trad., París, 1917, p. 100.
- [15] Ph. du Puy de Clinchamps, *La chevalerie*, Paris, 1973, pp. 56 s.
- [16] F. Sassen, <De Geest van der Middeleeuwen>, en *Europeesche Geest*, Arnhem, 1941, p. 205.
- [17] J. Millas, *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente*, Santiago de Chile, 1960, pp. 225-229.
- [18] J. Évola, *Carattere*, Siracusa, 1996, pp. 83 s.
- [19] G. Romain, *Le Moyen Age fut-il une époque de ténèbres et de servitude*, Paris, 1889, pp. 258 s.
- [20] Shakespeare, *King Richard*, Acto I, esc. I, 182.
- [21] M. de Unamuno, *Vida de Don Quijote y Sancho*, pp. ¿???
- [22] K. Vossler, *Spanien und Europa*, München, 1952, pp. 179 s.
- [23] A. García Valdecasas, *El hidalgo y el honor*, Madrid, 1948, pp. 137-140.
- [24] R. Quatrefages, *Los Tercios*, trad., Madrid, 1983, pp. 408-419.
- [25] F. Soldevila, *Historia de España*, Barcelona, 1954, Vol. III, p. 209; Vol. IV, pp. 416 s.
- [26] W. Frank, *España virgen*, trad. de León Felipe, Santiago de Chile, 1941, p. 134.
- [27] J. Navasal y de Mendiri, *La hora de España*, Santander, 1938, p. 41.
- [28] R. Puddu, *El soldado gentilbombre*, trad., Barcelona, 1984, pp. 208 ss.
- [29] K. Vossler, *op. cit.*, pp. 177 s.
- [30] R. Quatrefages, *op. cit.*, pp. 407 s.

- [31] A. García Valdecasas, *op. cit.*, p. 139.
- [32] S. de Madariaga, *Ingleses, franceses, españoles*, México, 1951, pp. 23 ss.
- [33] E. Montes, *La estrella y la estela*, Madrid, 1953, p. 218.
- [34] J. Guisa y Azevedo, *Hispanismo y germanismo*, México, 1946, pp. 53-55.
- [35] R. de Garciasol, *Claves de España: Cervantes y el <Quijote>*, Madrid, 1969, p. 209 s.
- [36] A. Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Barcelona, 1972, pp. 355 ss.
- [37] S. Ramón y Cajal, *Psicología del Quijote y el quijorismo*, Madrid, 1944, pp. 91 ss.
- [38] A. Serrano de Haro, *Antología*, Madrid, 1969, p. 232.
- [39] J. M. Salaverría, *Los paladines iluminados*, Barcelona, 1926, pp. 12-23.
- [40] L. Polaino Ortega, *Valores humanos de Mío Cid*, Sevilla, 1953, pp. 51-68.
- [41] L. Ortiz Muñoz, *Glorias imperiales*, Madrid, 1958, Vol. I, p. 167.
- [42] J. M. Pemán, *La historia de España contada con sencillez*, Cádiz, 1950, p. 105.
- [43] Corneille, *Le Cid*, Acto II, esc. I.
- [44] *Ibid.*, Acto III, esc. VI.
- [45] E. Caballero Calderón, *Breviario del Quijote*, Madrid, 1947, pp. 293 ss.
- [46] R. Grousset, *Les civilisations de l'Orient*, Vol. IV: *Le Japon*, Paris, 1930, p. 1.
- [47] I. Nitobe, *Bushido. The soul of Japan*, Los Angeles, ed. 1969, pp. 45 s.
- [48] E. Gómez Carrillo, *El alma japonesa*, París, 1912, pp. 61-77.
- [49] R. Grousset, *op. cit.*, pp. 90, 203.
- [50] Remito a mi artículo <<Los ocho principios del sistema Xin Yi>>, recogido en el libro *Tai Chi Xin Yi de Shaolin*, Madrid, 1999, pp. 118 ss.
- [51] Fr. Juan Cobo, *Beng Sim Po Cam*, Cap. I y VI, Madrid, 1924, pp. 32, 69.
- [52] R. Panikkar, *The Vedic experience. Mantramañjari*, London, 1979, pp. 251, 374.
- [53] Valmiki, *Ramayana: Ayodhyakanda*, CXI, 4-7; CXII, 4-5; XXI, 63.
- [54] P. Link, *Manual enciclopédico judío*, Buenos Aires, 1950, p. 183.
- [55] R. J. Zwi Werblowsky y G. Wigoder, *The Encyclopedia of Jewish religion*, New York, 1965, p. 192.
- [56] *Encyclopaedia Judaica*, Jerusalem, 1971, Vol. VIII, p. 965 s.
- [57] G. Scholem, *Ursprung und Anfänge der Kabbala*, Berlin, 1962, pp. 42, 145 s, 276 s.; *Von der mystischen Gehalt der Gottheit*, Zürich, 1962, p. 160 s.
- [58] M. Grinberg, *Introduction au Zohar*, Paris, 1978, p. 125.
- [59] X. Léon-Dufour, *Vocabulario de teología bíblica*, trad., Barcelona, 1982, p. 360.